



La historia de Juan de Flandes



JUAN DE FLANDES era bueno y dichoso. Debía al trabajo de sus manos sencilla abundancia y sana alegría. Cultivaba su campo, en el que el viento encrespaba, como un mar, las mieses de oro, y cuidaba su casa, limpia y luciente como una taza de plata. Juan de Flandes no envidiaba a los poderosos del mundo, ni era envidiado por ellos.

Una noche, todo era plenitud, todo era saboreada conciencia en su ventura. La cena había terminado. La mujer, dulce y fuerte, como cumplía a aquel varón, ordenaba sobre la mesa un vaso de flores. Dos animadas esperanzas, niña y niño, confundían sus bucles sobre un libro abierto. El lucio can de la casa reposaba a los pies del amo. Juan de Flandes, dejando aplacarse el vapor de su té, repartía su pensamiento entre la contemplación de aquella paz y el trabajo del siguiente día.

Llaman a la puerta. El buen hombre se dirige a abrir. Encuentra en el umbral a un recio moce-tón de pelo rubio, cabeza altiva, de duras facciones, azul de acero en los ojos, un gesto de desdén en los labios: hermoso tipo marcial.

El forastero saluda resueltamente a Juan de Flandes.

—Señor—le dice—su vecino de al lado me ha inferido grave ofensa, y debo matarlo. No puedo entrar por su puerta, porque la tendría que forzar y me sentirían. Necesito que usted me deje pasar por su tejado. ¿Quiere usted dejarme pasar por su tejado para ir a matar a su vecino?

Juan de Flandes escuchó las primeras palabras con asombro, las últimas con estupefacción. Luego, fluctuando entre una grave inquietud, y la idea de ser objeto de una burla, dijo al forastero:

—Señor: nada me interesan a mí los agravios de usted con mi vecino. No guardo queja de él, y soy hombre de paz. Tenga usted la bondad de retirarse. Buenas noches.

A esa respuesta, el recio mocetón, puñal en mano, arremetió sobre Juan de Flandes y lo echó por tierra, herido en medio del pecho. Resonó un ¡ay! de agonía. Acudió el vigilante can, y cayó junto al cuerpo del amo. Vinieron en apretado grupo la hacendosa mujer, los blondos niños, y después de un grito de espanto, quisieron oponerse al paso de aquel hombre. Retrocediendo ante el brazo homicida, cayeron uno tras otro, madre e hijos; volcóse, en esta confusión, la lámpara que había iluminado el dulce reposo, mordió el fuego las cortinas. Y en un instante, todo fué, en la casa del trabajador, sangre y llamas, desolación y muerte.

Mientras tanto, bajo la impasible mirada de la noche, el forastero, desliziándose al tejado del vecino, murmuraba, como quien habla para su conciencia:

—Era mi derecho; necesitaba pasar.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.



Urna griega

¡O Attic shape! ¡Fair attitude!
¡Cold Pastoral!

¡Oh novia inmaculada del reposo,
pulida en el silencio de años lentos,
silvestre narradora de un gracioso
idilio más vehemente que los cuentos

suaves de nuestras cándidas veladas!
¿Qué leyenda de dioses o mortales
se evoca de tus asas franjeadas
en antiguas Arcadias pastorales?

¿Cuáles son estos Panes, estas cautas
virgenes perseguidas, estos tiernos
pífanos, estas gemebundas flautas,
estos retozos y éxtais eternos?

Dulce es la melodía que enajena
el oído, más dulce la que calla:
suspira, pues, en aire agreste, avena;
caramillo, modula tu rondalla.

Al fresco de estos árboles tendido
no acabarás tu canto, adolescente,
y jamás los follajes han huido
del fondo de este bosque floreciente.

Nunca, amante frenético, tu beso
darás a la que al lado se querella,
y nunca se ajará su labio ileso:
la amarás siempre, y siempre será bella.

Fuentes perennemente rumorosas,
jamás diréis adiós al claro día;
ni tú, sentido músico, que glosas
tus amores con rústica armonía.

¡Amor dichoso, amor siempre soñado
y siempre en más rebelde alojamiento,
que nuestro corazón dejás sagrado
y nuestro labio férvido, sediento!

¿A qué eglógico altar esta ternera
mugiente conducís, graves pastores?
Lustró su flava piel la primavera
y festonó sus astas con sus flores.

¿Qué tranquila ciudad, cerca de un río,
alredor de su Acrópolis, desgrana
por soleada vega este gentío,
en esta alegre y límpida mañana?

Solas por siempre quedarán tus calles
misteriosa ciudad, nunca tus yertos
habitantes dirán por qué tus valles
y santuarios quedáronse desiertos.

¡Atica forma! ¡Inclito contorno,
donde se enlazan númenes augustos
y delicadas vírgenes en torno
de valientes encinas y de arbustos!

¡Marmórea Pastora! ¡Insigne urna!
Tú, cuyo enigma el pensamiento cansa
como la Eternidad ¡oh taciturna
posada donde el Tiempo ágil descansa!

Cuando doliente senectud consuma
esta generación, tu invicta alteza
clamará siempre esta palabra suma:
Belleza es verdad; Verdad, Belleza.

CORNELIO HISPANO.

PAZ CAMPESTRE

A Froglán Õareios.

GAMPIÑAS verdes. La mañana
sonríe, y bajo los pinares
con una ingenua y fresca aldeana
rimo el Cantar de los Cantares.

El paisaje de paz se llena,
huelen a rosal los caminos,
la vida es más dulce y más buena
y un pájaro azul dice trinos.

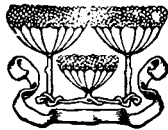
Ofrendan los campos frescura
y optimismo. La filosofía
y la triste literatura
olvido. ¡Viva la alegría!

Hay savias nuevas en mi ser
y germinan mis sementeras
y me dan ganas de correr
tras las ninfas, por las praderas.

Y pienso en los pobres ascetas
a quienes condenó el destino
a vivir en luchas secretas
contra el Amor, la Carne y el Vino.

Siento cariño por las cosas,
por los guijarros del sendero,
por las espinas y las rosas
y digo: Hermano, al lobo artero.

CÉLEO DAVILA.



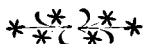
Elogio de la palabra

DICE San Juan que en el principio era la palabra, y que la palabra estaba en Dios, y la palabra era Dios; y que por ella fueron hechas todas las cosas; y que la palabra se hizo carne y habitó en nosotros. ¡Qué abismo de luz!

¡Con qué santo temor deberíamos hablar, pues! Habiendo en la palabra todo el misterio y toda la luz del mundo, deberíamos hablar como encantados, como deslumbrados. Porque no hay nombre, por ínfima cosa que nos represente, que no haya nacido en un instante de inspiración, reflejando algo de la luz infinita que engendró el mundo. ¿Cómo podemos hablar tan fríamente y en tal abundancia? Por eso solemos escucharnos unos a otros con tanta indiferencia; porque el hábito del demasiado hablar y del demasiado oír embota en nosotros el sentimiento de la santidad de la palabra. Deberíamos hablar mucho menos y sólo por un profundo anhelo de expresión: es entonces que el espíritu en su plenitud se estremece y las palabras brotan como las flores en la primavera. Cuando una rama no puede más con la primavera que lleva dentro, entre la abundancia de las hojas brota una flor como expresión maravillosa. ¿No veis en la quietud de las plantas la admiración de florecer? Así nosotros, cuando brota en nuestros labios la palabra verdadera. ¿No habéis oído cómo hablan los enamorados? Parecen encantados y que no saben lo que dicen. Rómpeles la voz entre la luz de las miradas, por la demasiada plenitud del corazón. Y así sus palabras son como flores. Porque antes el amor no habla, ¡qué hervor de vida en todas las ramas del septido! ¡Qué querer decir los ojos! Y mientras se cruzan ardientes las miradas, ¡qué silencio! ¿No habéis entrado alguna vez en un bosque muy grande, sobrecogidos por aquella quietud llena de vida que parece una adoración de toda la tierra? Así adoran las almas de los enamorados en el brillo silencioso de las miradas. Y brota por fin una música animada, una maravilla, una palabra ¿Cuál? Cualquiera Pero cualquiera que sea, como viene con toda el alma del terrible silencio que la engendró, si pretendéis sondearla nunca llegaréis al fondo, y retrocederéis espantados del infinito que lleva en sus entrañas.

Así hablan también los poetas. Porque ellos son como enamorados de todo lo que existe, y también miran y se estremecen mucho antes de hablar. Miranlo todo y se encantan, y después cierran los ojos y hablan en la fiebre: entonces dicen alguna palabra creadora, y semejantes a Dios en el primer día, de su caos brota la luz, con el ritmo luminoso de la belleza: éste es el hechizo del verso, único lenguaje verdadero del hombre.

JUAN MARAGALL.



El espino

El espino prende a una roca
su enloquecida contorsión
y es el espíritu del yermo,
retorcido de angustia y sol.

La encina es bella como Júpiter
y es un Narciso el mirto en flor.
A él lo hicieron como a Vulcano,
el horrible dios forjador.

A él lo hicieron sin el encaje
del claro álamo temblador,
porque el alma del caminante
ni aun le conozca la aflicción.

De las greñas le nacen flores.
Así el verso le nació a Job.
Y como el salmo del leproso,
es de agudo su intenso olor.

Pero aunque llene el aire ardiente
de las siestas su exhalación,
nunca sintió en la greña oscura
temblarle un nido turbador.

Me ha contado que me conoce,
que en una noche de dolor
en su espeso millón de espinas
magullaron mi corazón.

Lo he abrazado como una hermana,
cual si Agar abrazara a Job,
en un nudo que no es ternura,
porque es más desesperación.

GABRIELA MISTRAL.

¡Quién sabe!

Indio que asomas a la puerta
de esa tu rústica mansión:
¿para mi sed no tienes agua?
¿Para mi frío, cobertor?
¿Parco maíz para mi hambre?
¿Para mi sueño, mal rincón?
¿Breve quietud, para mi andanza?
—¡Quién sabe, señor!

Indio que labras con fatiga
tierras que de otros dueños son:
¿ignoras tú que deben tuyas
ser, por tu sangre y tu sudor?
¿Ignoras tú que audaz codicia,
siglos atrás, te las quitó?
¿Ignoras tú que eres el Amo?
—¡Quién sabe, señor!

Indio de frente taciturna
y de pupilas sin fulgor:
¿qué pensamiento es el que escondes
en tu enigmática expresión?
¿Qué es lo que buscas en tu vida?
¿Qué es lo que imploras a tu Dios?
¿Qué es lo que sueña tu silencio?
-- ¡Quién sabe, señor!

¡Oh raza antigua y misteriosa
de impenetrable corazón,
que sin gozar ves la alegría
y sin sufrir ves el dolor:
¡eres augusta como el Ande,
el Grande Océano y el Sol!
Ese tu gesto que parece
como de vil resignación,
es de una sabia indiferencia
y de un orgullo sin rencor. . .

Corre en mis venas sangre tuya;
y, por tal sangre, si mi Dios
me interrogase qué prefiero
—cruz o laurel, espina o flor,
beso que apague mis suspiros
o hiel que colme mi canción
responderíale dudando:
—¡Quién sabe, señor!

JOSÉ SANTOS CHOCANO.

Alma selecta

Hiciste bien en contestar con un frío silencio al homenaje hiperbólico de aquel imbécil.

No simpatizo con las mujeres amables. Y la boca de rosa que se entreabre para ratificar con una sonrisa la frase pueril de algún majadero, no merece la flor de un madrigal.

Huye—como de la peste—del elogio de los mediocres y del amor de los tontos. La necesidad es contagiosa. Nada aplebeya tanto el espíritu como el roce con las almas inconscientes. Y si no evitas ese roce llegarás a perder tu bella lumbre interna y el dominio que tu divino orgullo de raza ejerce, imperativamente, sobre el corazón de los hombres superiores.

FROYLÁN TURCIOS.



El milagro

SEÑOR, yo te bendigo, porque tengo esperanza.
Muy pronto mis tinieblas se enjorarán de luz...
Hay un presentimiento de sol en lontananza:
¡me punzan mucho menos los clavos de la cruz!

Mi frente, ayer marchita y oscura, se levanta
hoy aguardando el místico beso ideal.
Mi corazón es nido celeste, donde canta
el ruiseñor de Alféo su canción de cristal.

...Dudé, ¿por qué negarlo? Y en las olas me hundía
como Pedro, a medida que más hondo dudé.
Pero tú me tendiste la diestra y sonreía
tu boca murmurando: *¡Honore de poca fe!*

¡Qué mengua! Desconfiaba de Tí, como si fuese
algo imposible al alma que espera en el Señor;
como si quien demanda luz y amor, no pudiese
recibirlos del Padre: fuente de luz y amor...

Mas hoy, Señor, me humillo, y en sus crisoles fragua
una fe de diamante mi excelsa voluntad.
La arena me dió flores, la roca me dió agua,
me dió el simún frescura y el tiempo eternidad.

AMADO NERVO.

Explicación

Alguien, de vida intelectual moderna,
que soy hombre pretérito atestigua,
porque mi pluma, a la manera antigua,
al numen se fió, sumisa y tierna.

Linfas de Francia, en lírica cisterna,
nunca abrevó mi inspiración exigua;
ni a Fidias repujé con frase ambigua,
ni robé al Septentrión su bruma eterna.

Lejos de la pragmática y la pauta,
he tañido en los páramos mi flauta,
y de mi flauta son todos los sonos.

Mi pensamiento de mi alma es fragua,
pues puse toda el alma en mis canciones
como un terrón de azúcar en el agua.

JOSÉ DOMINGO TEJERA.



A un cóndor

Para el Lic. Alejandro Alvarado Quirós.
En ATHENEA

Abre tus anchas alas, cóndor fuerte:
vuela, que de tu recio cuello asido
remontaré el azul, ya desprendido
de este pantano pútrido de muerte.

Súbeme a la región en donde vierte,
limpio de nube el sol, el encendido
diamante de su luz en tu bruído
plumón mi pecho, de éxtasis inerte.

Mas si al remar por los cerúleos velos,
lleva aun mi corazón la pesadumbre
de un lodo humano hasta los puros cielos;

arráncalo de mí cual ruin herrumbre;
dalo a que lo devoren tus polluelos
en tu árduo nido de la pétreo cumbre.

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Lo único cierto

La verdad es la emoción de la hora presente.
El mañana es una esperanza que quizá no se realice.

Soñemos con la ilusión de nuestra próxima ventura,
con las rosas de un idilio en las noches de primavera.

Forjemos mil brillantes proyectos para los dulces días que vendrán... ¡Pongamos el alma en esos sueños!

Pero no olvidemos la vaguedad de las cosas del porvenir. ¡Un soplo derrumba los castillos aéreos!
¡La muerte fulmina al hombre iluso!

Quizá mañana mueran nuestros amores... Lo único cierto es el goce inefable de este instante: el calor de tus brazos y la dulzura de tus besos.

FROYLÁN TURCIOS.



Pierrot

(Traducción de E. González Martínez)

Ya no es como en la vieja canción, aquel rendido amante de la luna que alegre se reía;
a un tiempo se apagaron su vela y su alegría,
y hoy vuelve seco y pálido como un aparecido.

Al brillo de un relámpago de súbito encendido,
su blusa, cual sudario, flota en la racha fría,
y su boca se abre de dolor cual si impía
mordedura de larvas le arrancara un aullido.

Con el rumor de alas de nocturno mochuelo
vuelan sus mangas y hacen mil señas en su vuelo
a que sólo responde un silencio profundo.

Sus ojos son dos antros de luz fosforescente;
y muestra enharinado, más pálido y doliente,
su rostro de aguzada nariz de moribundo.

PAUL VERLAINE.

Las grullas

(Traducción de Luis Alberto Sarmiento)

Ví en cierta ocasión una bandada de grullas volando hacia el Oriente.

Fué en un atardecer tranquilo, lleno de melancólica tristeza.

Volaban las aves lentamente y sobre las colinas rosadas, iluminadas por los postreros rayos del poniente, arrojaban ancha sombra negra.

Con creciente angustia las miré por largo tiempo hasta que desaparecieron.

No sé por qué me pareció entonces que aquellas grullas se perdían y que ya no habían de volver jamás.

Ni en regiones hiperbóreas se queja más lúgubrememente el viento cuando bate con sus alas las vastas extensiones congeladas.

Ni los árboles mutilados que al sol levantan sus brazos con miradas de moribundo se lamentan con mayor desconsuelo.

Cuando semejante a esas grullas, cuyo vuelo fugitivo evocó en mí la idea de que ya no regresarían nunca, huye para siempre la fe en las cosas más sagradas, ¿qué le queda por hacer al hombre?

KAZIMIERS-PRZERWA-TETMAJER.



CAUTIVO

Grasientos muros... Viles hierros... Palos...
Hedor de podre humana, de alma enferma,
y, oh Dios, niños cautivos de hombres malos.

Infamia... Crimen... La calumnia yerma
que enclava a mi alma en hórridos abrojos;
y no a mi corazón dejan que duerma
cínicos cantos, de lujuria rojos...

¿Dónde estás tú, la de cordiales manos,
la de querúbeos y marinos ojos?

¿Dónde estás tú, perdida en tus lejanos
celestiales países que reflejas
en tus ojos, cual puros oceanos?

¿Dónde estás tú, que en mi ilusión te quejas?

LEOPOLDO DE LA ROSA.

Tránsito

El Amor es lo triste, no la vida.
pese a mi corazón; pues la belleza
está lejos con su estrella encendida
y aquí abajo el Amor tiene tristeza.

¡Oh noche azul! Me evoca tu destello
tiempos lejanos y mejores.
Lo más distante es lo más bello.
Hay que alcanzar alturas superiores.

Noctámbulo y doliente peregrino,
soñador nefelibata,
mi corazón sigue el blanco camino
que conduce a la luna de plata;

en donde hay paz, luz y armonía,
y todo flota a flor de estrellas.
Allí se hunde la melancolía,
viéndose impura entre las cosas bellas.

A veces, entre el claro
rumor de la ciudad y sus reflejos,
yo estoy solo. Me encuentran triste o raro.
¡Y es que mi corazón está tan lejos!

Ignoran mi sonrisa, mi alegría,
—alba que brilla antes de la mañana.—
No ven que he hundido mi melancolía
y que estoy asomado a una ventana
de par en par abierta al nuevo día.

¡Ah! ¡Estoy lejos! ¡Muy lejos! Y de un modo
libre de tedio y humana maldad,
caminando con la seguridad
del que lo sabe todo.

Al fin conseguiré mi intento:
Ese país a donde nadie fué...
Al fin conseguiré lo que presiento.
Y he de marchar... ¡y nunca volveré!

RAFAEL LASSO DE LA VEGA.



La nostalgia de Monseñor

En las bodas de plata del prelado, era la catedral de México un cándido triunfo de bronces, un jardín de antífonas, un blanco ascender en el altar mayor. Eran tres arzobispos sosteniendo la cauda violeta de Monseñor; y el sol sonreía, todo rubio en su resurrección, en los altos cristales. Cuando terminó la ceremonia, los ángeles enfundaron sus violoncelos vagarosos, y en mi corazón mortal temblaron las palabras del *Ite, missa est*.

Ignacio Montes de Oca, Monseñor, poeta y plutócrata, era dueño de un alcázar que derrumbó la guerra. Se subía por la escalera de palisandro; la gema pastoral palpitaba, herida de fervor, en el Salón del Trono; un Cristo se entristecía en la penumbra del oratorio; y de la estancia en que Apolo erguía su desnudez marmorescente, se iba a la biblioteca de códices dorados en que las tipografías, las pastas y los textos ponían el aroma del aura en aquel otño de la sabiduría. Los libros de Monseñor invitaban a que se les conociera, como los países recamados de corolas y tesoros: unos eran de lecturas prohibidas, otros de interiores fastuosos, y había algunos que, al abrirlos, se avergonzaban como las tórtolas...

La leyenda de Monseñor se transparenta en su poesía y en sus actos: graba sus poemas, en lápidas morosas; fué capellán de un emperador; y en su tierra de exilio siembra la flor de lis de su nostalgia. A Monseñor los palios y las mitras, y que cuando el monago de rodillas, le ofrezca el Evangelio, suspire en las cuerdas la música de Cimarrón. El prefiere una misa en la basílica a una peregrinación humilde; se burla del bajo clero que sufre la llaga del pauperismo; y enciende el púlpito con un simple sermón en que irradian el latín, el griego y el hebreo, las tres lenguas sagradas.

Si se acabaran la monarquía, la edición de Elzevir y el violín de Estradivario, saldría al atrio en busca de su corcel, a la usanza de los prelados militares que derribaron a los monarcas perversos y con sus hazañas agregaron el timbre de la púrpura a los escudos del catolicismo. Porque hubiera sido inquisidor en tiempo de los baronesados; le hubieran concedido el capelo rojo para evitar un cisma; en vez de pajes tuviera doncellas de alcur-

nia, maceradas en los perfumes sabios; y ante un hemistiquio detestable siente la angustia de aquel piatero que descubrió en un santo cáliz una esmeralda quebradiza.

RAFAEL HELIODORO VALLE.



LA LLAMA

Aguza su llama la vela
como la hoja de un puñal.
Inmóvil como ella, mi alma
piensa en el término fatal.

Sin tu amor que a la vida me amarra
fuera hasta dulce de pensar . . .
¿La muerte? Olvidarse de todo,
y descansar, y descansar.

Mas tu amor, que hace un bien de la vida,
de la muerte hace un mal, un mal
tan horrible, que ante él tiembla el alma
como llama que al viento está.

Seguirán tus ojos amados
bebiendo sombra y claridad.
Buscarán otros ojos los tuyos . . .
¡Los míos no te verán más!

Tus labios, tus labios queridos
como ahora sonreirán,
y otros labios acaso los besen . . .
¡Los míos nunca, nunca más!

Tus brazos en viva guirnalda
de amor se entrelazarán,
y quizás a otro cuerpo se ciñan . . .
¡Los míos, a tí, nunca más!

Este amor que a la vida me amarra
con mi vida también se irá.
Otros hombres podrán amarte . . .
¡Y yo nunca, nunca más!

MANUEL MAGALLANES MOURE.

Angel que me cuidas...

Al poeta Froylán Turcios

Angel que me cuidas cuando me venda el sueño
y que en la ruta sigue mis doloridos pies,
Angel de mi Guarda, purísimo y risueño,
a quien plegarias blancas rezaba en mi niñez;

Angel que viniste de una mansión florida
al ver de mi alma un día la luz amanecer,
y has visto por la inquieta corriente de la vida
bajo tus tenues alas mi espíritu crecer.

Los vicios, - tú lo has visto, - sirenas tentadoras,
jamás me arrebataron al piélagos fatal;
y aun de mis negros días en las aciagas horas
la garra del Demonio no me arrastró hacia el mal.

Mil luchas tumultuosas en mi interior ha habido,
mil luchas con fantasmas que invitan a pecar;
por eso hondos rumores llegaban a tu oído
cual de iracundo viento que agita un encinar.

Y así como entre nieblas, al despuntar el día,
si vierte en la espesura su canto el ruiseñor,
para escuchar atento la célica armonía,
detiene entre la selva su paso el leñador,

así de humanas selvas, entre el banal murmullo,
cruzando la espesura de mi existencia, oí
una voz arcangélica, una voz como arrullo,
y en tus divinas ondas mi mente sumergí.

Tú viste cuantas veces, --oculto entre la nada,
la faz radiosa y pura de la mujer que amé,
mi espíritu bebiendo la luz de su mirada,
en éxtasis inmensos de hinojos adoré.

Tú has visto mis audacias en la refriega ardiente,
mis horas de congoja, mis noches de inquietud,
y cómo de los años en la fugaz corriente
cual rosa deshojada se va mi juventud.

Oh, espíritu inefable que mi conciencia guías,
y observas las tormentas que agitan mi interior:
envueltas en ropaje de tenues melodías
por mí blancas plegarias dirígele al Señor.

«Oh, Tú,—dile en tu idioma,—por quien renace el día!
Que en él siempre derrame sus mieles la ilusión;
más luz pon en su mente, en su alma más poesía,
y anima a insignes hechos su altivo corazón.

Que en tu divina hoguera su espíritu se encienda,
y aparta de sus plantas la espina del dolor;
defiéndelo de endriagos que acechan en la senda,
de envidias, de traiciones, defiéndelo, Señor . . . »

LUIS ANDRÉS ZÚÑIGA.



LA MADRE ENFERMA DUERME

Ronda un buho remoto nuestro temor, hermano.
Bate sus alas fúnebres un pájaro lejano c
—Es un ascua de fiebre la rosa de su mano.

Temamos esta noche, cuya quietud augura
una gran soledad y una eterna amargura.
—Vemos esta noche, silenciosa y oscura.

Aumentemos la luz, que adquiere tonos rojos.
El espanto circuye mi corazón de abrojos
—¡Oh silencio! Parece que entreabiera los ojos.

Vaga en la habitación como un vaho funeral;
como la despedida de algún amor cordial.
—Toma un relieve trágico su rostro escultural.

Siento temor de todo, siento temor, hermano,
esta noche. Me angustia una obsesión de insano.
—Calma el pulso y la fiebre disminuye en su mano.

Ha tornado a dormirse, dulcemente. ¡Quizás
de ese sueño tranquilo no despierte jamás!
—Callemos. Ignoremos. ¡Nunca sepamos más!

EZEQUIEL MARTÍNEZ ESTRADA.

LA GOLONDRINA

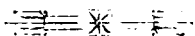


LA golondrina es un mochuelo emancipado y un murciélago introducido en la gloria; pero nunca olvida lo que la une a la noche . . . Notaréis que tiene otras afinidades con un mundo enteramente diferente; por su manera de moverse combina casi con exactitud el arranque recto de la trucha con el sobresalto del delfín, cuya frente redondeada y cuyo hocico saliente reproducen casi exactamente la cabeza de la golondrina, en forma de bala de cañón y su pico. Cuando la golondrina se zambulla, si examináis su manera de bañarse, la veréis sumergir el pecho en el agua lo mismo que muchos peces enseñan la espalda en el aire. No podéis dar una definición concreta de ese pájaro sino por la semejanza y las imágenes de los de quienes parece derivado, añadiendo el contraste fantástico y magnífico de una variación que no se puede imaginar. Es un mochuelo domesticado por las Gracias. Es un murciélago al que gusta la luz de la mañana. Es el reflejo de un delfín en el aire. La golondrina es el maestro de los maestros para enseñar lo que es el vuelo sobre las aguas agitadas. La gaviota, con todo su gran poder, realiza un esfuerzo visible; pero la golondrina juega con el viento y con la ola como una joven juega con su abanico, y no hay palabras para expresar todo cuanto hace con sus alas en el espacio de diez segundos, y con gran perfección. El misterio de su vuelo recto en el aire continúa siendo inexplicable para mí. Ningún ojo puede precisar cómo se tiende el arco trazado por esta flecha viva . . . Hoy, por primera vez, creo que he podido ponerlos ante los ojos algunos medios de guiarlos a la comprensión de la belleza de ese pájaro que vive con vosotros en vuestras casas y que, para vosotros, purifica el aire que respiráis de la pestilencia de los insectos. Tal es la obra de esa dulce cosa doméstica para con los hombres, al menos desde hace cuatro mil años. Ha sido su compañera del hogar, compañera que sólo su marcha nos hace querida y que nos demuestra mejor su cariño por su fiel regreso. A veces, tipo del extranjero, ablanda nuestros corazones hasta la hospitalidad; tipo siempre del suplican-

te, nos ha ablandado hasta la misericordia, y en su débil presencia no hemos visto la cólera o la cobardía del sacrilegio, sino la seguridad del santuario. Mensajera de nuestro verano, revolotea al través de nuestros días de dicha; numeradora de nuestros años, nos enseña a aplicar nuestros corazones a la sabiduría; y, no obstante, la hemos mirado tan poco, que hoy mismo, apenas soy capaz de sacar de todo cuanto sobre ella he escrito con qué explicaros el despliegue de sus alas; no puedo deciros nada de su vida, nada de sus viajes, ni cómo escoge el lugar de peregrinaciones, ni cómo traza el camino de su regreso. Permaneciendo así ciegos y negligentes respecto de la verdadera misión de la humilde criatura que Dios nos ha enviado realmente para servirnos, he aquí que, en nuestro orgullo, nos imaginamos estar rodeados de emisarios del cielo y, sin embargo, no podemos revestirlos de alguna majestad, sino dándoles la calma de los movimientos del pájaro y la sombra de su plumaje.

Y después de todo más vale así, sí, cuando hasta para las mejores bendiciones de Dios y de sus templos construídos de mármol nos figuramos, que *con los ángeles y los arcángeles y toda la compañía del cielo, alabamos y glorificamos su nombre glorioso*; más vale así, si nuestra tentativa no es simplemente un insulto y si sus oídos se abren más bien a la adoración inconsciente e inarticulada de la golondrina,

JOHN RUSKIN.



Mañana los poetas

Mañana, los poetas cantarán un divino verso que no logramos entonar los de hoy; nuevas constelaciones darán otro destino a sus almas inquietas con un nuevo temblor.

Mañana, los poetas seguirán su camino absortos en ignota y extraña floración, y al oír nuestro canto, con desdén repentino echarán a los vientos nuestra vieja ilusión.

Y todo será inútil, y todo será en vano; será el afán de siempre y el idéntico arcano y la misma tiniebla dentro del corazón.

Y ante la eterna sombra que surge y se retira, recogerán del polvo la abandonada lira y cantarán con ella nuestra misma canción.

ENRIQUE GONZÁLEZ MARTÍNEZ.

Sombra de tu sombra

Para ESFINGE

CUANDO por el dolor al fin rendido
caiga mi cuerpo en la urna cineraria,
y con pesada loza funeraria
mi memoria infeliz selle el olvido;

No por la muerte quedará vencido
mi triste amor. Eterna tributaria
de tu hermosura, mi alma silenciaría
dentro tu ser fabricará su nido.

Y a tu pesar en la callada noche
escucharás el lánguido reproche
con que te llama su ferviente anhelo.

Será sombra impalpable entre tu sombra,
el roce de tu pie sobre la alfombra,
y en tu pecho de mármol será hielo.

FABIO FIALLO.



Hablan las escuelas en ruinas

El alma de la infancia es como un ave;
y un nido ríe y una escuela llora;
dáis la noche a la infancia: el nido sabe
entre sus pajas ofrecer al ave
la aurora.

El alma de la infancia es flor mimosa;
la escuela es triste y florecer no deja,
zumba en la escuela la rutina odiosa,
y sobre el cáliz áureo de la rosa
zumba la abeja.

¡Ay, Patria! Tú haces nuestras almas ciegas
encerrando la infancia en un cubil...
No canta el ruiseñor en las bodegas...
Y si la infancia es flor, ¿por qué le niegas
su abril?

MANUEL GUERRA-JUNQUEIRO.

Nostalgia

¡Oh, tus rubias trenzas,
tus pupilas claras!
¡Oh, primera novia,
divina lejana!

Ya no hna vuelto a verte;
novia dulce y blanca
no sé si eres una
figura soñada.

Nos ha separado
como olas amargas,
las horas que vienen,
las horas que pasan.

Nos ha separado
la vida... y mi alma
te revive, toda
fragante y dorada.

E. CARRERE.



SER POETA

(Traducción de Leoncio Martínez)

Ser poeta es idolatrar
el preclaro fin de las cosas,
el sol, el amor y las rosas,
lo nacido para aróñar.

Ser poeta es saber, sin duda,
cuanto en sí mismo hay de infinito
y para el pobre y el proscrito
tener la piedad y la ayuda.

Ser poeta es poder sufrir
una esperanza inextinguida,
es dar veces mil la vida
y, sin embargo. no morir.

GEORGES BONTELLEAU.

- 96 -

EL PASADO

(Traducción de Leoncio Murfinez)

¡Pasado! Como los astros mismos inmortal;
palabra de los sueños y los dolores nuestros,
repique de aleluyas, rebato de siniestros,
tú que, al paso, precedes cuando va a su final!

¡Pasado! Eterna, viva sombra de toda cosa,
esencia que en un día puede cambiar de olor,
tus embriagueces tienen ternuras de la rosa
y tus duelos las acres tristezas del amor.

¡Pasado! En nuestro pecho haces vibrar el mundo:
nos das las maldiciones, el suspiro, el lamento;
que así el amor es fuerte y así el odio es profundo...
I reímos, temblamos, lloramos a tu acento.

EDMOND VAN OFEEL.



Novia ida

Tienes algo de etéreo y de leyenda,
novia triste y huraña, novia Ida,
que fuiste en el desierto de mi vida,
mi espejismo, mi oasis y mi tienda.

Fueron como dos ortos en mi senda
tus ojos de mirada envaguecida,
y tu mano ducal, para mi herida,
una sutil y milagrosa venda.

Donde quiera te escucha mi deseo;
en la brisa, en el grave clamoreo
de las campanas al morir el día ...

Y siento el escozor de un gran pecado
porque ya tu ilusión ha tramontado
y el ara de mi fe ya está vacía.

SALVADOR ESCUDERO.

Horas de amor

¿Te acuerdas? Quise con impulso aleve
sobre tu pecho colocar mi oído
y escuchar el dulcísimo latido
conque tu amante corazón se mueve.

Prendí en mis brazos tu cintura breve
y hundí mi rostro en el caliente nido
de tu seno, que es mármol encendido,
carne de flores y abrasada nieve.

¡Con qué prisa y qué fuerza palpitaba
tu enamorado corazón! Pugnaba
tu talle en tanto; más, con ansia loca,

bajo la nieve el corazón latía,
y, en su gallarda rebelión quería
saltar del pecho por besar mi boca....

RICARDO LEÓN.



Pasó...

Pasó en sonoro vértigo el tranvía...
Ibas triunfal Ibas ducal. Tu cuello
por entre la capota, blanco y bello,
cuello de reina joven parecía.

Corte de Luis Catorce revivía
la elegancia imperial de tu cabello,
tu delgadez nerviosa; y el destello
de tu mirada, entre soberbia y fría.

Bajo el sombrero de alas anchas, era
tu rostro—lienzo vivo de Rivera;—
tu perfil evocaba la pavana,

y trianón y abanico la silueta
que este desconocido, hecho poeta,
vió pasar, en tranvía, una mañana.

EMILIANO HERNÁNDEZ.

- 100 -

Ben Adhem y el ángel

(Traducción de Ismael Enrique Arciniegas)

Ben Adhem (¡qué su tribu florezca eternamente!)
dormía, cuando un hálito fué a rozarle la frente,
y despertó.

Su alcoba brillaba con un rayo
de la luna; la brisa de la noche de mayo
traía de los valles el olor de las flores;
y un ángel vió, las sienes ceñidas de fulgores,
que en un libro escribía.

Ben Adhem, con rudeza,
dijo al ángel: *¿Qué escribes?*

Levantó la cabeza
la visión, y en acento de indecible dulzura
que llegó a sus oídos como voz de la altura,
—*Los nombres de los que aman al Señor*, le responde.

Y con acento trémulo, que la ansiedad esconde,
velado por las lágrimas, al ángel preguntó:
¿Has escrito mi nombre?

Y el ángel dijo: *¡No!*—
Ben Adhem habló entonces con voces suplicantes:
—*Pón mi nombre como uno que ama a sus semejantes.*

Un nombre escribió el ángel.

A la noche siguiente
volvió a la alcoba, en medio de luz resplandeciente,
y le mostró las páginas en donde están escritos
los escogidos nombres por el Señor benditos.

Ben Adhem, de rodillas, cayó ante el mensajero,
porque vió que su nombre llenaba el libro entero.

LIEGH HUNT.



A la calavera de una joven

(Traducción de R. Gómez Reñero)

¿Quién fuiste ayer, oh mísero despojo ya sin vida,
que suelo entre mis manos oprimir,
y cuyos blancos huesos mi mano estremecida
de nombres llena en griego y en latín?

Helado compañero de mis meditaciones,
amigo a quien acabo de arrojar
al más desamparado de todos los rincones:
vén, engaña mi fosca soledad.

Responde: ¿cuántas veces tu boca, flor abierta,
libó los dulces besos del amor?
¿Con qué palabras llenas de miel, oh pobre muerta,
más grata hiciste tu feliz pasión?

¡Necio de mí! No puedes responder a la extraña
voz de mi inútil ansiedad pueril;
la Eterna Segadora tronchó con su guadaña
todo cuanto era luz y gracia en tí...

¡Qué ejemplo para tántos mortales que soñamos
la vida de una larga duración!
La juventud, la gloria, la dicha que envidiamos...
Todo se vá como se va el amor.

Así, cuando en las tardes con mudo desaliento,
me entrego a mi labor áspera y cruel,
mi espíritu en sus vuelos se acoje al pensamiento
del pensador más grave en su saber.

Y mientras huye el tiempo con rapidez traidora,
te miro como ahora
y urdiéndole quimeras al pesar,
sobre tu frente escrito mis ojos ven:—*Tu hora
pueda llegar mañana. ¡Prepárate, mortal!*

LEBIEZ.



La vaca ciega

Topando la cabeza con las rocas
y caminando al agua por instinto,
viene la vaca solitaria. Es ciega.
Demasiado certera una pedrada
del rabadán le saltó un ojo, el otro
se lo esconde una nube; y así es ciega.
A abrevarse vendrá como solía,
pero sin aquel aire decidido
de entonces, sin amigas, viene sola.
Sus hermanas por cuencas y vertientes,
por los prados y orillas de los ríos
hacen sonar la esquila mientras pacen
de la yerba al azar... Ella caería...
Da con el belfo en el pilón gastado
y recula espantada...; pero vuelve
y baja la cabeza y bebe a sorbos.

Bebe con poca sed. Luego levanta
al cielo enorme la testuz armada,
en un gran gesto trágico: moviendo
las dos pupilas muertas parpadea
y se aleja por fin calmosa, huérfana
de luz en medio de aquel sol que abrasa,
vacilando al andar y sacudiendo
con languidez la macilenta cola.

JUAN MARAGALL.